

## A los señores del Jurado:

Este ensayo debiera terminar, según las bases del concurso, en el tercero de los tres capítulos, se que se compone, ~~el ensayo~~, es decir, en la parte crítica. Pero el autor ha creído conveniente, para mayor comprensión de la obra de Cetina, añadir una antología de las obras del poeta. Esta antología puede ampliarse posteriormente, o suprimirse, según lo estime ~~pertinente~~ el Jurado. Es, pues, dentro del ensayo, una pieza fuera de concurso, valga la expresión, y como tal, no aspira — no puede aspirar — a mejorar el trabajo

~~Recordemos~~ X Recordemos, ante  
~~los ojos, que la fama suele~~  
ser espléndida <sup>referente</sup> con los grandes, con los astros de  
primera magnitud. Ninguno de los poetas del cielo  
garcilavista ha sido, en este punto, más afortunado  
que Cetina. Ni el propio Boscán, que fue  
-jardínamos decir- el Bautista de la escuela ita-  
lianzante. Y si recordamos, por ejemplo, a Hernando  
de Acuña y a Diego Hurtado de Mendoza - soldado  
y cortesano a guisa de Cetina; humanista, teólogo  
y diplomático este - ¿qué se recuerda hoy de su  
obra poética? Del primero, un solo verso: aquel  
<sup>encantado</sup> que se prendido del "Soneto al Rey Nuestro Señor"  
y dedicado a cantar la unidad imperial bajo el  
cetro de Carlos I de España, dice: "Un monarca,  
un imperio y una espada". Del segundo, ni sigue  
ni un solo verso. Todavía, por consiguiente,  
les lleva ventaja Cetina.

No obstante, preguntémosle de nuevo: ¿cómo no siendo  
Cetina un innovador ni un "príncipe" al expresarse psi-  
ticamente, ¿ha sido justa con él la posteridad?

XX

También Sanabria Fajardo, en su "Repú-  
blica literaria", dice, citando en cierto modo  
con alteración: "Casi en aquellos tiempos floreció  
Cetina, afectuoso y tierno; pero sin vigor ni  
nervio".

XXX

Por eso, andando el tiempo, diremos decir al in-  
vestigador e historiador británico James Fitzmaurice  
Kelly; "Cetina es de una rava habilidad téc-  
nica, y sobre todo maneja el soneto con una  
maestría superior a la de Garcilaso". Añadiendo:  
"Este versificador flexible y muy diestro, a pesar  
del brio de su métrica, produce un más bien nada."

tare al gusto del momento, que llegar a ser una nueva potencia literaria". Por su parte, don Fco A. de Icaza, que ha profundizado como ningún otro crítico en la poesía de Cetina, encuentra sus versos "espontáneos y frescos; desiguales en asuntos, pero no en corrección y en estilo, como se experto artifice". Y Angel Valbuena Prat, uno de los últimos historiadores de la literatura española, contrastando precisamente a los juicios de Fernando de Herrera, ~~se refiere~~ refiere: "Esto es aceptable en gran parte de la obra de Cetina, aunque no en toda. No le falta intensidad aun en el sentimiento". Y luego puntualiza: "Fue Cetina perfecto en el madrigal y en el soneto, siguiendo a lo ver la pluralidad de modelos, itálicos, la tradición de Annas March y el camino castellano de Garcilaso y su primera escuela, en la que él es una de las figuras más destacadas". Aun pudiéramos aducir palabras no menos prestigiosas y concluyentes de Adolfo de Castro, Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Hazañas y la Rúa y otros maestros de la investigación, la edición, la crítica, que han sabido resaltar con sus valores propios la obra de Cetina. Pero basta con lo transcrito.

No ha sido, en efecto, muy liberal la posteridad con Gutierre de Cetina. Por un madrigal, por un solo madrigal ha visto el poeta en la memoria del pueblo. Pero después la popularidad le ha regalado los gloriosos escatimados sus ruidosos himnos, la gloria ha convertido para sus rines un laurel inmarcescible. Gloria y popularidad, en los casos de consagración, debieran ser términos complementarios. No siempre, sin embargo, ocurre así. Muchas veces son términos contrapuestos. Muchas veces, en la vida literaria la popularidad llega por caminos extraliterarios. La gloria — es decir, el reconocimiento desinteresado y justo de las virtudes de una obra — nunca. Las gentes recuerdan por ejemplo a don Fco de Quevedo por esas zonas de leyenda atrevida y postura que han ido acumulándose en torno a su figura, y en cambio son muy pocos los que pudieran hablarlos de sus sonetos, uno



dicional, e incluso catolicismo <sup>de la época</sup> peninsular. Pero la voz - atroz -  
 nadadora vol - que habia de oponerse a tales pretensiones, aunque  
 otra cosa pareciera esta próxima a rodar en Trento, el  
 cayo concilio concilio, condenador del cisma luterano, el  
 convenio intransigente de los españoles, vivía en todo momento  
 el más decidido, del menos ~~admirable~~ apaciguador. Y, sobre  
 todo, la figura ascética y apasionada de Ignacio de Loyola,  
 capitan mutilado en Pamplona, visionario en Montserrat,  
 asceta en Mansera, peregrino en Tierra Santa y funda-  
 dor en Roma, está ya perfilando sus firmes trazos que darán  
 al mundo una nueva milicia defensora acerrima de la  
 Contrarreforma, disciplinada hasta de la silla de San  
 Pedro.

Tal la España religiosa a la que Lutero se Cetina  
 abre los ojos de la adolescencia y la juventud. Pero la milita-  
 ridad y conquistadora no le va a la zaga. Es la hora en que  
 Cortés, después de haber avanzado <sup>conquistado</sup> el gran Tenochtitlan,  
 se encumbra de la Nueva España, ven que Magallanes,  
 sobre las naves de Castilla, buscando las esdrújulas  
 especias, abre un camino del Atlántico al Pacífico, y  
 Elcano completa la hazaña rodeando por vez primera <sup>la</sup>  
 tierra. Es la hora de Alvarado en <sup>de Nueva España</sup> <sup>de Panamá</sup> <sup>de las Indias</sup> <sup>de las Indias</sup> <sup>de las Indias</sup>  
 tierra. Es la hora de Pizarro y Almagro en el Perú, de  
 Valdivia en Chile. La hora en que la codicia del oro  
 rebultra hasta el crimen, y en que el arroyo personal  
 se desorbita hasta hacer de los analfabetos grandes  
 adalides. ~~En~~ En Europa, las legiones de Carlos - coro-  
 nado ya emperador en Aquino - , atravesando el  
 mar latino, van a embestir contra las costas del  
 Africa, como poco tiempos antes las del regente y arce-  
 bispo Ximénez de Cisneros, y dejarán clavado el pa-  
 bellón cristiano en La Goleta y <sup>Tinier</sup>. Son los mis-  
 mas tropas que en Italia - ~~ante~~ <sup>en</sup> un eco de las toda-  
 via resonantes victorias de Gonzalo de Córdoba -  
 escribirán cien páginas heroicas - algunas de ellas sombrias,  
~~con el~~ <sup>con</sup> para la cristiandad como el saqueo de Ro-  
 ma; brillantes otras como la de Pavía donde <sup>prisoneros</sup>  
 prisioneros al rey Fco I - y en Francia llegará a poco  
 kilómetros de París, y en Muhlberg <sup>de la</sup> <sup>de la</sup> <sup>de la</sup>  
 de los protestantes, y en Viena resistirán las acometidas  
 de los turcos de Solimán el Magnífico. Es la hora de  
 la expedición a Rodas, la hora de las posturmería  
 caballerescas, en que Carlos de España y Fco de Francia  
<sup>pasaron</sup> ~~pasaron~~ dividieron en una justa sus viejas y permanentes

recuillas, como en los siglos medios. Tan arraigadas están aún las leyes de la caballería en la conciencia nacional, que, como una confirmación de las mismas, aparece por sí misma, la primera refundición de los viejos textos del Amadís de Gaula, y esas concepciones inmediatas empiezan a proliferar la fama heroico-fantástica de los Esplandianes, Palmerines y Belianises, con la que sólo lograron acabar, queriendo perpetuarse, algún tiempo después, la novela y sus ideas van teñidas, a la sazón, de las corrientes de la filosofía neoplatónica, de las que es campeón León Hebreo, y de un humanismo cristiano que cada día se afirma entre los hombres, rebeldes, buscando una fórmula de equilibrio entre lo culto y lo popular. De esta última rama, inaugurando una tendencia del realismo literario llamada a dar hijos de eminente estatura, surge, en esta hora de ocaso y de amanecer, el "Zadillo de Tormes", primer brote de la picaresca que ya se comula con los increíbles sueños de las aventuras en Indias, mientras se rasca sus lacras al rol y espera la sopa boba a la puerta de los conventos. Coincidiendo con la aparición del "Zadillo", fray Antonio de Guevara atrae la atención de la Europa culta con su "Relox de príncipes" y "Menospreci de corte y alabanza de aldeas" donde hay ya un germen de lo que después será el barroco literario; y Tormes Naharro y Gil Vicente, en su teatro alegórico, caballeresco y fatídico, abren las mayores perspectivas a la corriente benaventurista. Los cronistas de Indias empiezan a rendir cuentas de las fabulosas conquistas en sus relatos de ultramar: Pedro Martir en su "de orbe novo decades", Cortés en sus "Cartas de relación", López Texer, Cieza de León, Gómara, Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo en sus respectivas obras que han perpetuado las hazañas y los desajustes de los conquistadores. Y el padre Las Casas - acorralado y polémico - alza su indignada voz redentora en favor del indio oprimido y ~~abandonado~~ esclavizado. Mientras tanto, a la España enfebrecida con el sueño de los Eldorados, llega un brillante código de las típicas formas del Renacimiento - "El Capitano" de Baltasar de Castiglione, traducido en prosa garbosa y bien aderezada por Juan Boscán. Es el momento en que Garcilaso de la Vega - príncipe de los poetas españoles a la manera toscana, como entonces se decía - está publicando

→ le hace en que se suena con la monarquía universal bajo la voluntad del hombre que el Tiziano inmortalizara sobre una piafante cabalgadura, el pecho al abrigo de una cota redimente.

— cual dice un historiador literario —

→ Toda la vida española es una vida proyectada hacia el exterior; es una vida de dimensión universal, como en la segunda mitad del siglo lo será de recogimiento, ascetismo y devoción a lo divino.

→ que heredan de Juan del Encina

- 6 -

su obra poética, en los entreactos de su vida militar y cortesana. O como él mismo dijo en un verso inmortal de sus élogos: "Tomando ora la pluma, ora la espada".

Esta fue ahí la raíz histórica que habría de nutrir la flor poética de G. de C. Una raíz que el ciego destino arrancó de encaje en Puebla de los Angeles, en aquella Puebla recién nacida en medio de las tormentas de la Conquista.

- 3 -

### La poesía renacentista en lengua española

La presencia del embajador veneciano Andrea Navagiero — poeta, delicado escritor, y hombre de vasta cultura clásica — en la España del Emperador Carlos, representa el momento decisivo del trastorno del espíritu y las formas poéticas italianas a la vez castellanas.

Es cierto que desde finales del siglo XIV y principios del XV se había intentado <sup>por la península</sup> con Risco Fee Imperial, adicente a la tendencia alegórica dantesca — una aventura semejante; pero solo se habían conseguido resultados muy rudimentarios, incluso en poetas tan ilustres y bien dotados como Trigo López de Mendoza que trató de apresar la rígida arquitectura del soneto. El paso trascendental estaba reservado al poeta catalán Joan Boscán y Almaguer, ayo del Duque de Alba, espíritu inquieto y estudioso, cultivador hasta entonces de la métrica tradicional de Castilla. En una carta que el propio Boscán dejara, se cuenta cómo fue ese que pudo llamarse su segundo bautismo poético. El embajador Navagiero, enamorado de la Alhambra — como tantos otros artistas que antes, o después, visitaron España —, se hallaba en la ciudad granadina, embalsado con el rumor de las aguas que laten ~~caídas~~ en el magnífico palacio de los naranjos, cuando pasó por allí Boscán, y oyó de labios del veneciano la buena nueva. Pero dejemos que sea el propio poeta quien hable. (Copia carta de Boscán)

— ya el diez el —  
Pero Boscán ~~encontraba~~ <sup>encontraba</sup> graves dificultades en la empresa. Averado su oído — y sobre todo su responsabilidad — a las recas cadencias de la vieja <sup>metros</sup> ~~prosodia~~, no acertaba bien a fijar en su lengua



→ Con él entra, definitivamente, en este campo de las artes literarias, el aire vivificador del Renacimiento.

las del nuevo. Y acudió entonces a su amigo Garcilaso de la Vega, poeta como él, aunque tan distinto en los aires de la existencia. Pero volvamos a escuchar la palabra de Boecio a través de la carta ya citada (Copiar párrafo Carta) Y entonces sí: entonces la poesía española de la primera mitad del siglo XVI cobra como un resplandor inusitado, y no es sólo el verso el que se enriquece, depura y embellece, sino lo que el verso lleva dentro: el contenido emocional, la carga estética que supone un espíritu lleno de luminosos destellos. Garcilaso, poseedor de una elevada temperanza lírica, finísima y honda sensibilidad en la que han prendido los fulgores de una cultura disciplinada en la antigüedad clásica y fortalecida en las difíciles pruebas de la existencia diaria, logra imprimir a los versos ritmos en reposado y oculto sentimiento que las más de las veces se resuelve en suave melancolía. Debe Virgilio, padre inagotable, a Sannazarro, arcádico y tierno, con Petrarca, Biondo, Tansillo, Tasso, Ariosto, aborazado y resumido Garcilaso, toda la italiana si quiera del verso hecho carne musical. Y no por ello deja de ser español. Antes bien, lo nacional, incluso lo provincial, es decir, lo toledano, a juicio de más de un crítico, realza y como que se vigoriza bajo la dulce presión del nuevo instrumento práctico. El poeta de la "Flor de Guido" es sin duda la figura descolante del primer siglo de oro español. Acérrquenos un instante a él para ver mejor sus rasgos personales. (Copiar cuartillas)

Pero no el eco de su obra, que aun sigue resonando blandamente en nuestros oídos. De ese eco brota la vida poética G. de C. En él se nutrió y creció el poeta del famoso madrigal, que, como Garcilaso, fue guerrero y cortesano y en el fuego de amor dejó sus mejores latidos, antes que la muerte viciosa los enmudeciera como avecejas inocentes.

La poesía de Cetina

Poesía de juventud, como advierte Icaza, escrita entre los veinte y los veintiseis años, es la poesía de G. de C. Poesía, en su mayor parte, amorosa. Y esencialmente lírica. Aunque soldado, no gustó nuestro poeta de aplicar a su verso la trompa épica, por más que en algunas estrofas asome la nota vertiginosa bélica o la riza del que

→ Tan español <sup>fue Garcilaso,</sup> por lo menos, como el Cristóbal de  
Castillejo, su antagonista poético, monje certifica-  
do voluntariamente sustentado de España que desde  
su sitial de secretario del rey de Romanos reaccio-  
na con violencia contra la métrica toscana in-  
truducida en su patria, sin advertir que el vene-  
rable verso castellano necesita de aires puros para  
rejuvenecer y salir otra vez a cubrir el mundo.

se siente más inclinado a satirizar que a eulohar. <sup>esto</sup> de nuevos tonos y agradable decir. Rafael Lopera advierte que Cetina recayó en sus <sup>verros</sup> "la pompa externa de la vida cortesana y la sensualidad colorista de los pintores venecianos". Pero además, sin grandes gestos, casi silenciosamente, flagela también los vicios y falsedades de esa misma vida de la corte desenfrenada, rebelde actitud que después tendrá largo aliento en la poesía castellana del XVII:

¿Qué os parece, señor, de estos señores?  
 De su ambición y envidia; ¿qué os parece?  
 ¿Qué de la multitud de servidores?

El <sup>propio</sup> Cetina dejó <sup>también</sup> entre sus verros los más íntimos giros de su vida, sobre todo de su vida en Italia, cuando, tras de vivir a la corte en Valledoliz y Alemania, pasa a la tierra del Petrarca y conoce a la condesa Laura Gonzaga, sobrina del cardenal de Mantua, hermosa joven que lo enciende en amorosa pasión. Desde entonces, el poeta ocultará su nombre tras el de Vandalio, pseudónimo que no puede negar su resonancia andaluza — ascendientes de los andaluces fueron los vándalos — a pesar de su estrope pastoral. Y con él canta su amor a Dorida y Amarillida — una de las cuales bien pudo ser la bella condesa — y vierte lágrimas de dolor ante el constante desvío del ser amado.

Dorida, si mirando esta figura,  
 siento el alma encender, siento abrasarme,  
 pienso que será ver tu hermosura.

Si en su juventud tuvo Cetina por modelos a ~~Petrarca~~ <sup>los cuales hay algunos en su obra</sup> Juvenal, Marcial y Ovidio, más tarde imitó y tra-  
 dujo a Petrarca y Ariosto, incluso al valenciano Juan Marañón, rizador de la barba florida. Pero lo mismo en trance de imitación que de original creación Cetina es siempre un poeta de ágil pensamiento y tierna sensibilidad. No se comprende — y aquí volviendo al comienzo de este capítulo — cómo Hebra y otros comentaristas pudieron confundir la ternura de Cetina con la falta de vigor. Ello no era en el poeta sevillano sino la expresión de su

gran rigura lírica, que, para serlo auténticamente, no necesita de la altisonancia ni del constante brio, que suele acomodarse mejor a los ~~poes~~ pasajes heroicos. Acaso Herrera, al enjuiciar de ese modo, traducía sin quererlo sus ocultos sentimientos de adhesión a la vieja escuela castellana, de la que, por otra parte, él supo alejarse también.

Es verdad que Cetina imitaba a veces el artificio renacentista, exactamente lo mismo que Garcilaso, del cual era un <sup>fiel</sup> discípulo: ~~construía~~

Ojos, ¿ojos sois vos? No sois vos ojos;  
ante ira del cielo extraña y fiera,  
mas, ojos, si lo sois, ¿de qué manera  
roban vuestra beldad vuestros enojos?

Pero estas ocasiones eran contadas. E incontables en cambio aquellas otras en que el poeta muestra la gracia natural, la espontaneidad y, a la vez, el dominio del idioma de quien es un verdadero señor de la poesía:

Está en mi alma mi opinión escrita  
con tal fuerza de amor, tan bien guardada,  
que si de vuestra saña no es borrada,  
a la par con la vida en ella habita.

El tema amoroso, que la sostiene como el agua a <sup>la</sup> ~~su~~ rosa sobre su superficie, abarca toda la poesía de Cetina. Allí ha podido ser llamado nuestro poeta "el poeta del amor". Y en verdad que lo es. Amorosos son sus sonetos, que ascienden a doscientos cuarenta y cuatro, según las "Obras" publicadas por Hazañas y la Rúa, y en ellos es fácil hallar verdaderos y hermosos modelos en el género. Amorosos son sus cinco madrigales, sin par en lengua española, en la que él creó este tipo de composición poética. Amorosas, en fin, sus once canciones, llenas de elegancia y de fluidez, en las que se advierte la influencia petrarquista. Sólo, en las epístolas, que suman diecisiete, se alejó Cetina un tanto de los asuntos amorosos, para darnos algunas notas pintorescas, costumbristas, o bélicas que completan su perfil de hombre del Renacimiento.

Pero, sobre todo, Cetina nos legó el más hermoso madrigal de nuestra poesía. ¿Quién inspiró este pe-

→ O como en aquel otro soneto tan bien  
acordado que comienza así:

Dulce, sabrosa, cristalina fuente,  
refugio al caluroso ambiente estío,  
a donde la beldad del ídolo mío  
hizo tu claridad más transparente.

qué una joya deslumbrante? Algunos críticos se inclinan a creer que los ojos cantados en el madrigal de Cetina fueron los ojos de Laura Bouraga. En verdad, el esclarecimiento de este punto no añadiría quilates a la famosa composición. Lo que en cambio le otorga virginitad y belleza, calidad de purísimo cristal tallado en viva pasión, es precisamente el misterio de su origen que parece dirigirse a todas las pupilas femeninas reguercidas inútilmente por un amor desventurado. ¡Dime, en ocasión semejante, no ha sentido el impulso de decir:

Ojos claros, venenos,  
ya que así me miráis, miradme al menos?

